

## Selección de textos del siglo XVIII

### *Los dos conejos.*

Por entre unas matas,  
seguido de perros,  
no diré corría,  
volaba un conejo.

De su madriguera  
salió un compañero  
y le dijo: «Tente,  
amigo, ¿qué es esto?»

«¿Qué ha de ser?», responde;  
«sin aliento llevo...;  
dos pícaros galgos  
me vienen siguiendo».

«Sí», replica el otro,  
«por allí los veo,  
pero no son galgos».  
«¿Pues qué son?» «Podencos.»

«¿Qué? ¿podencos dices?  
Sí, como mi abuelo.  
Galgos y muy galgos;  
bien vistos los tengo.»

«Son podencos, vaya,  
que no entiendes de eso.»

«Son galgos, te digo.»  
«Digo que podencos.»

En esta disputa  
llegando los perros,  
pillan descuidados  
a mis dos conejos.

Los que por cuestiones  
de poco momento  
dejan lo que importa,  
llévense este ejemplo.

### *El burro flautista*

Cerca de unos prados  
que hay en mi lugar,  
pasaba un borrico  
por casualidad.

Una flauta en ellos  
halló, que un zagal  
se dejó olvidada  
por casualidad.

Acercóse a olerla  
el dicho animal,  
y dio un resoplido  
por casualidad.

En la flauta el aire  
se hubo de colar,  
y sonó la flauta  
por casualidad.

«¡Oh!, dijo el borrico,  
qué bien sé tocar!  
¿Y dirán que es mala  
la música asnal?»

Sin reglas del arte  
borriquitos hay  
que una vez aciertan  
por casualidad.

### *Fábulas, Tomás de Iriarte*

### *El Zorro y el Cuervo*

En la rama de un árbol,  
bien ufano y contento,  
con un queso en el pico,  
estaba el señor Cuervo.  
Del olor atraído,  
un Zorro muy maestro  
le dijo estas palabras  
un poco más o menos:  
«¡Tenga usted buenos días,  
señor Cuervo, mi dueño!  
¡Vaya que estáis donoso,  
mono, lindo en extremo!  
Yo no gasto lisonjas,  
y digo lo que siento;  
que si a tu bella traza  
corresponde el gorjeo,  
juro a la diosa Ceres,  
siendo testigo el cielo,  
que tú serás el Fénix  
de sus vastos imperios».  
Al oír un discurso  
tan dulce y halagüeño,  
de vanidad llevado,  
quiso cantar el Cuervo.  
Abrió su negro pico,  
dejó caer el queso.  
El muy astuto Zorro,  
después de haberle preso,  
le dijo: «Señor bobo,  
pues sin otro alimento,  
quedáis con alabanzas  
tan hinchado y repleto,  
digerid las lisonjas  
mientras yo digiero el queso».

**Félix M<sup>a</sup> de Samaniego**

\* \* \*

### **Los toros**

Así corrió la suerte de este espectáculo, más o menos asistido o celebrado según su aparato, y también según el gusto y genio de las provincias que le adoptaron, sin que los mayores aplausos bastasen a librarle de alguna censura eclesiástica, y menos de aquella con que la razón y la humanidad se reunieron para condenarle. Pero el clamor de sus censores, lejos de templar, irritó la afición de sus apasionados, y parecía empeñarlos más y más en sostenerle, cuando el celo ilustrado del piadoso Carlos III lo proscribió generalmente, con tanto consuelo de los buenos espíritus como sentimiento de los que juzgan las cosas por meras apariencias.

Es por cierto muy digno de admiración que este punto se haya presentado a la discusión como un problema difícil de resolver. La lucha de toros no ha sido jamás una diversión, ni cotidiana, ni muy frecuentada, ni de todos los pueblos de España, ni generalmente buscada y aplaudida. En muchas provincias no se conoció jamás; en otras se circunscribió a las capitales, y dondequiera que fueron celebrados lo fue solamente a largos periodos y concurriendo a verla el pueblo de las capitales y tal cual aldea circunvecina. Se puede, por tanto,

calcular que de todo el pueblo de España, apenas la centésima parte habrá visto alguna vez este espectáculo. ¿Cómo, pues, se ha pretendido darle el título de diversión nacional?

Pero si tal quiere llamarse porque se conoce entre nosotros desde muy antiguo, porque siempre se ha concurrido a ella y celebrado con grande aplauso, porque ya no se conserva en otro país alguno de la culta Europa, ¿quién podrá negar esta gloria a los españoles que la apetezcan? Sin embargo, creer que el arrojo y destreza de una docena de hombres, criados desde su niñez en este oficio, familiarizados con sus riesgos y que al cabo perecen o salen estropeados de él, se puede presentar a la misma Europa como un argumento de valor y bizarría española, es un absurdo. Y sostener que en la proscripción de estas fiestas, que por otra parte puede producir grandes bienes políticos, hay el riesgo de que la nación sufra alguna pérdida real, ni en el orden moral ni en el civil, es ciertamente una ilusión, un delirio de la preocupación. Es, pues, claro que el Gobierno ha prohibido justamente este espectáculo y que cuando acabe de perfeccionar tan saludable designio, aboliendo las excepciones que aún se toleran, será muy acreedor a la estimación y a los elogios de los buenos y sensatos patricios.

**Gaspar M. de Jovellanos:** “Toros”, en *Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos y diversiones públicas, y sobre su origen en España.*

\* \* \*

## Carta XXXV

### Del mismo al mismo (Gazel a Ben Beley)

En España, como en todas partes, el lenguaje se muda al mismo paso que las costumbres; y es que, como las voces son invenciones para representar las ideas, es preciso que se inventen palabras para explicar la impresión que hacen las costumbres nuevamente introducidas. Un español de este siglo gasta cada minuto de las veinticuatro horas en cosas totalmente distintas de aquellas en que su bisabuelo consumía el tiempo; éste, por consiguiente, no dice una palabra de las que al otro se le ofrecían. -Si me dejan hoy a leer -decía Nuño- un papel escrito por un galán del tiempo de Enrique el Enfermo refiriendo a su dama la pena en que se halla ausente de ella, no entendería una sola cláusula, por más que estuviese escrito de letra excelente moderna, aunque fuese de la mejor de las Escuelas Pías. Pero en recompensa ¡qué chasco llevaría uno de mis tatarabuelos si hallase, como me sucedió pocos días ha, un papel de mi hermana a una amiga suya, que vive en Burgos! Moro mío, te lo leeré, lo has de oír, y, como lo entiendas, tenme por hombre extravagante. Yo mismo, que soy español por todos cuatro costados y que, si no me debo preciar de saber el idioma de mi patria, a lo menos puedo asegurar que lo estudio con cuidado, yo mismo no entendí la mitad de lo que contenía. En vano me quedé con copia del dicho papel; llevado de curiosidad, me di prisa a extractarlo, y, apuntando las voces y frases más notables, llevé mi nuevo vocabulario de puerta en puerta, suplicando a todos mis amigos arrimasen el hombro al gran negocio de explicármelo. No bastó mi ansia ni su deseo de favorecerme. Todos ellos se hallaron tan suspensos como yo, por más tiempo que gastaron en revolver calepinos y diccionarios. Sólo un sobrino que tengo, muchacho de veinte años, que trincha una liebre, baila un minuet y destapa una botella de Champaña con más aire que cuantos hombres han nacido de mujeres, me supo explicar algunas voces. Con todo, la fecha era de este mismo año.

Tanto me movieron estas razones a deseo de leer la copia, que se la pedí a Nuño. Sacóla de su cartera, y, poniéndose los anteojos, me dijo: -Amigo, ¿qué sé yo si leyéndotela te revelaré flaquezas de mi hermana y secretos de mi familia? Quédame el consuelo que no lo entenderás. Dice así:

«Hoy no ha sido día en mi apartamento hasta medio día y medio. Tomé dos tazas de té. Púseme un desabillé y bonete de noche. Hice un tour en mi jardín, y leí cerca de ocho versos del segundo acto de la Zaira. Vino Mr. Lavanda; empecé mi toaleta. No estuvo el abate. Mandé pagar mi modista. Pasé a la sala de compañía. Me sequé toda sola. Entró un poco de mundo; jugué una partida de mediator; tiré las cartas; jugué al piquete. El maitre d'hotel avisó. Mi nuevo jefe de cocina es divino; él viene de arribar de París. La crapaudina, mi plato favorito, estaba delicioso. Tomé café y licor. Otra partida de quince; perdí mi todo. Fui al espectáculo; la pieza que han dado

es execrable; la pequeña pieza que han anunciado para el lunes que viene es muy galante, pero los actores son pitoyables; los vestidos, horribles; las decoraciones, tristes. La Mayorita cantó una cavatina pasablemente bien. El actor que hace los criados es un poquito extremoso; sin eso sería pasable. El que hace los amorosos no jugaría mal, pero su figura no es previniente. Es menester tomar paciencia, porque es preciso matar el tiempo. Salí al tercer acto, y me volví de allí a casa. Tomé de la limonada. Entré en mi gabinete para escribirte ésta, porque soy tu veritable amiga.

Mi hermano no abandona su humor de misántropo; él siente todavía furiosamente el siglo pasado; yo no le pondré jamás en estado de brillar; ahora quiere irse a su provincia. Mi primo ha dejado a la joven persona que él entretenía. Mi tío ha dado en la devoción; ha sido en vano que yo he pretendido hacerle entender la razón. Adiós, mi querida amiga, baste otra posta; y ceso, porque me traen un dominó nuevo a ensayar».

Acabó Nuño de leer, diciéndome: -¿Qué has sacado en limpio de todo esto? Por mi parte, te aseguro que antes de humillarme a preguntar a mis amigos el sentido de estas frases, me hubiera sujetado a estudiarlas, aunque hubiesen sido precisas cuatro horas por la mañana y cuatro por la tarde durante cuatro meses. Aquello de medio día y medio, y que no había sido día hasta mediodía, me volvía loco, y todo se me iba en mirar al sol, a ver qué nuevo fenómeno ofrecía aquel astro. Lo del deshábille también me apuró, y me di por vencido. Lo del bonete de noche, u de día, no pude comprender jamás qué uso tuviese en la cabeza de una mujer. Hacer un tour puede ser cosa muy santa y muy buena, pero suspendo el juicio hasta enterarme. Dice que leyó de la Zaira unos ocho versos; sea enhorabuena, pero no sé qué es Zaira. Mr. De lavanda, dice que vino; bien venido sea Mr. de Lavanda, pero no le conozco. Empezó su toaleta; esto ya lo entendí, gracias a mi sobrino que me lo explicó, no sin bastante trabajo, según mis cortas entendederas, burlándose de que su tío es hombre que no sabe lo que es toaleta. También me dijo lo que era modista, piquete, maître d'hotel y otras palabras semejantes. Lo que nunca me pudo explicar de modo que acá yo me hiciese bien cargo de ello, fue aquello de que el jefe de cocina era divino. También lo de matar el tiempo, siendo así que el tiempo es quien nos mata a todos, fue cosa que tampoco se me hizo fácil de entender, aunque mi intérprete habló mucho, y sin duda muy bueno, sobre este particular. Otro amigo, que sabe griego, o a lo menos dice que lo sabe, me dijo lo que era misántropo, cuyo sentido yo indagué con sumo cuidado por ser cosa que me tocaba personalmente; y a la verdad que una de dos: o mi amigo no me lo explicó cuál es, o mi hermana no lo entendió, y siendo ambos casos posibles, y no como quiera, sino sumamente posibles, me creo obligado a suspender por ahora el juicio hasta tener mejores informes. Lo restante me lo entendí tal cual, ingeniándome acá a mi modo, y estudiando con paciencia, constancia y trabajo.

Ya se ve -prosiguió Nuño- cómo había de entender esta carta el conde Fernán Gonzalo, si en su tiempo no había té, ni deshábille, ni bonete de noche, ni había Zaira, ni Mr. Vanda, ni toaletas, ni los cocineros eran divinos, ni se conocían crapaudinas ni café, ni más licores que el agua y el vino.

Aquí lo dejó Nuño. Pero yo te aseguro, amigo Ben-Beley, que esta mudanza de modas es muy incómoda, hasta para el uso de la palabra, uno de los mayores beneficios en que naturaleza nos dotó. Siendo tan frecuentes estas mutaciones, y tan arbitrarias, ningún español, por bien que hable su idioma este mes, puede decir: el mes que viene entenderé la lengua que me hablen mis vecinos, mis amigos, mis parientes y mis criados. Por todo lo cual, dice Nuño, mi parecer y dictamen, salvo meliori, es que en cada un año se fijen las costumbres para el siguiente, y por consecuencia se establezca el idioma que se ha de hablar durante sus 365 días. Pero como quiera que esta mudanza dimana en gran parte o en todo de los caprichos, invenciones y codicias de sastres, zapateros, ayudas de cámara, modistas, reposteros, cocineros, peluqueros y otros individuos igualmente útiles al vigor y gloria de los estados, convendría que cierto número igual de cada gremio celebre varias juntas, en las cuales quede este punto evacuado; y de resultas de estas respetables sesiones, vendan los ciegos por las calles públicas, en los últimos meses de cada un año, al mismo tiempo que el Calendario, Almanak y Piscator, un papel que se intitule, poco más o menos: Vocabulario nuevo al uso de los que quieran entenderse y explicarse con las gentes de moda, para el año de mil setecientos y tantos y siguientes, aumentado, revisto y corregido por una Sociedad de varones insignes, con los retratos de los más principales.

José Cadalso: *Cartas marruecas*

## *Los eruditos a la violeta*

### **Advertencia**

En todos los siglos y países del mundo han pretendido introducirse en la república literaria unos hombres ineptos, que fundan su pretensión en cierto aparato artificioso de literatura. Este exterior de sabios puede alucinar a los que no saben lo arduo que es poseer una ciencia, lo difícil que es entender varias a un tiempo, lo imposible que es abrazarlas todas, y lo ridículo que es tratarlas con magisterio, satisfacción propia, y deseo de ser tenido por sabio universal.

Ni nuestra era, ni nuestra patria está libre de estos *pseudoeruditos*, (si se me permite esta voz). A ellos va dirigido este papel irónico, con el fin de que los ignorantes no los confundan con los verdaderos sabios, en desprecio y atraso de las ciencias, atribuyendo a la esencia de una facultad las ridículas ideas, que dan de ella los que pretenden poseerla, cuando apenas han saludado sus principios.

### **Dedicatoria a Demócrito y Heráclito**

Diferentísimos señores:

Aunque en todos los siglos habrán ofrecido mucho que reír, y que llorar las pasiones y flaquezas de los hombres, y por consiguiente en vuestra edad tendríais bastantes objetos de llanto y de risa, no obstante, me parece que la era en que sale a luz este papel merece que resucitéis, para reír el uno a carcajada tendida, y llorar el otro a moco suelto, sobre la literatura y los literatos; prescindiendo de los muchos otros motivos que dicen que hay de llanto y de risa.

Júpiter os guarde de todo mal; pero sobre todo, de un mal erudito.

## **Lunes. Oración con que se da principio al curso y primera lección**

### **Idea general de las ciencias, su objeto y uso, y de las calidades que han de tener mis discípulos**

¡Siglo feliz! ¡Edad incomparable en los anales del tiempo! ¡Envidia de la posteridad admirada, y afrenta de la ignorante antigüedad! Rásgase el velo de la ignorancia desde la estrella el cirio hasta la que está ex diametro opuesta a ella en la inmensa esfera. Brotan torrentes de ciencia desde ambos polos del mundo. Huyen veloces las tinieblas de la ignorancia, desidia y preocupación de una en otra extremidad de la tierra, y húndense en sus negros abismos, ilustrado todo el orbe por un número asombroso de profundísimos doctores de veinte y cinco a treinta años de edad. Hasta nuestra España, tierra tan dura como el carácter de sus habitantes, produce ya unos hijos que no parecen descendientes de sus abuelos. ¡Siglo feliz!, digo otra vez. ¡Más felices vosotros que en él nacisteis!, más feliz que todos juntos yo solo, a quien la fortuna, más que el mérito, ha colocado en esta sublime cátedra, para reducir, a un sistema de siete días toda la erudición moderna.

Me acobarda, sin duda, lo complicado de este proyecto, pero me alienta el deseo de la gloria; me detiene lo respetable de mi auditorio; pero me incita la estimación que me merece; me hiela en fin el temor de la crítica que me hagan unos hombres téticos, serios, y adustos; pero me inflaman los primorosos aplausos de tanto erudito barbilampiño, peinado, empolvado, adonizado, y lleno de aguas olorosas de lavanda, sanspareille, ámbar, jazmín, bergamota, y violeta, de cuya última voz toma su nombre mi escuela.

Puestos en dos balanzas (¡oh afiligranadísimo, narcisísimo, y delicadísimo auditorio mío!) lo atractivo y espantoso me atrae lo agradable, como la luz a la mariposa, y reduciendo a dos puntos esta corta oración, empiezo. El primero contendrá una idea general de las ciencias, su utilidad y objeto. El segundo propondrá las calidades que se requieren para seguir estos estudios, sirviendo uno y otro de primera lección de este curso.

### **I**

Si oímos a los hombres graves hablar de las ciencias, nos dirán que ellas son los resplandores de aquella luz con que nacemos: que todas ellas tienen la más estrecha conexión entre sí; pero que es suficiente cada una por sí sola para ocupar la mente del hombre a quien llaman muy débil por su naturaleza, y casi incapaz, si se consideran sus preocupaciones, pasiones, o distracciones, la fuerza de la costumbre, y las flaquezas, miserias y enfermedades del cuerpo, de cuyos órganos se vale el alma para sus descubrimientos físicos: que por eso se han visto raras veces algunos pocos hombres aplicarse con igual suceso a dos facultades; dirán también, muy pagados de su trabajo, que el objeto común de todas ellas, y la utilidad que han prestado a los hombres se divide en dos: una es obtener un menos imperfecto conocimiento del Ente Supremo, con cuyo conocimiento

se mueve más el corazón del hombre a tributar más rendidos cultos a su Criador, y la otra es hacerse los hombres más sociables comunicándose mutuamente las producciones de sus entendimientos, y unirse, digámoslo así, a pesar de los mares, y distancias.

Muy santo y bueno será todo esto; y yo no me quiero meter ahora en disputarlo: pero yo y vosotros mis discípulos, hemos de considerar las ciencias con otro objeto muy diferente.

Las ciencias no han de servir más que para lucir en los estrados, paseos, luneta de las comedias, tertulias, antesalas de poderosos, y cafés, y para ensoberbecernos, llenarnos de orgullo, hacernos intratables, e infundirnos un sumo —8→ desprecio para con todos los que no nos admiren. Este es su objeto, su naturaleza, su principio y su fin.

## II

En este infalible supuesto, desechad todo género de moderación con los iguales, toda clase de respeto a los mayores, y toda especie de compasión a los inferiores; y conseguiréis justamente el nombre de sabios, por esto solo; adquiriéndos tanto más renombre cuanto lo ostentéis con más presunción, adornándoos con la erudición siguiente. En esto se incluyen todas las calidades necesarias para entrar en la carrera, con sólidas esperanzas de que os aprovechen mis instrucciones, y me acrediten vuestros lucimientos.

Basta por hoy. Corta ha sido la primera lección; ¿pero qué río, por caudaloso que entre en la mar, no nace pequeño arroyuelo, cuyo manantial no pueda cubrirse con la hoja de un árbol? Mañana seré más difuso en la Poética y Retórica, que son las facultades más tratadas en nuestros días, aunque en ningunos ha habido menor número de poetas y oradores.

### *La comedia nueva o El café*

#### ACTO I

#### ESCENA III

DON PEDRO.- Vamos; no hay quien pueda sufrir tanto disparate. (**Se levanta impaciente, en ademán de irse.**)

DON ELEUTERIO.- ¿Disparates los llama usted?

DON PEDRO.- ¿Pues no? (**DON ANTONIO observa a los dos y se ríe.**)

DON ELEUTERIO.- ¡Vaya, que es también demasiado! ¡Disparates! ¡Pues no, no los llaman disparates los hombres inteligentes que han leído la comedia! Cierto que me ha chocado. ¡Disparates! Y no se ve otra cosa en el teatro todos los días, y siempre gusta, y siempre lo aplauden a rabiar.

DON PEDRO.- ¿Y esto se representa en una nación culta?

DON ELEUTERIO.- ¡Cuenta que me ha dejado contento la expresión! ¡Disparates!

DON PEDRO.- ¿Y esto se imprime para que los extranjeros se burlen de nosotros?

DON ELEUTERIO.- ¡Llamar disparates a una especie de coro entre el emperador, el visir y el senescal! Yo no sé qué quieren estas gentes. Si hoy día no se puede escribir nada, nada que no se muerda y se censure. ¡Disparate! ¡Cuidado que...!

PIPÍ.- No haga usted caso.

DON ELEUTERIO.- (**Hablando con PIPÍ hasta el fin de la escena.**) Yo no hago caso; pero me enfada que hablen así. Figúrate tú si la conclusión puede ser más natural ni más ingeniosa. El emperador está lleno de miedo por un papel que se ha encontrado en el suelo, sin firma ni sobrescrito, en que se trata de matarle. El visir está rabiando por gozar de la hermosura de Margarita, hija del conde de Strambangaum, que es el traidor...

PIPÍ.- ¡Calle! ¡Hay traidor también! ¡Cómo me gustan a mí las comedias en que hay traidor!

DON ELEUTERIO.- Pues, como digo, el visir está loco de amores por ella; el senescal, que es hombre de bien si los hay, no las tiene todas consigo, porque sabe que el conde anda tras de quitarle el empleo y

continuamente lleva chismes al emperador contra él; de modo que como cada uno de estos tres personajes está ocupado en un asunto, habla de ello y no hay cosa más natural. (**Saca la comedia y lee.**)

*Y en tanto que mis recelos...  
Y mientras mis esperanzas...  
Y hasta que mis...*

[...]

## ESCENA V

DON PEDRO.- Adiós, señores. (**Se encamina hacia la puerta. DON ANTONIO se levanta y procura detenerle.**)

DON ANTONIO.- ¿Se va usted, don Pedro?

DON PEDRO.- Pues ¿quién, si no usted, tendrá frescura para oír eso?

DON ANTONIO.- Pero si el amigo don Hermógenes nos va a probar con la autoridad de Hipócrates y Martín Lutero que la pieza consabida, lejos de ser un desatino...

DON HERMÓGENES.- Ese es mi intento: probar que es un acéfalo insipiente cualquiera que haya dicho que tal comedia contiene irregularidades absurdas, y yo aseguro que delante de mí ninguno se hubiera atrevido a propalar tal aserción.

DON PEDRO.- Pues yo delante de usted la propalo, y le digo que por lo que el señor ha leído de ella y por ser usted el que la abona, infiero que ha de ser cosa detestable; que su autor será un hombre sin principios ni talento, y que usted es un erudito a la violeta, presumido y fastidioso hasta no más. Adiós, señores. (**Hace que se va y vuelve.**)

DON ELEUTERIO.- Pues a este caballero le ha parecido muy bien lo que ha visto de ella. (**Señalando a DON ANTONIO.**)

DON PEDRO.- A ese caballero le ha parecido muy mal; pero es hombre de buen humor y gusta de divertirse. A mí me lastima, en verdad, la suerte de estos escritores, que entontecen al vulgo con obras desatinadas y monstruosas, dictadas más que por el ingenio por la necesidad o la presunción. Yo no conozco al autor de esa comedia ni sé quién es; pero si ustedes, como parece, son amigos suyos, díganle en caridad que se deje de escribir tales desvaríos; que aún está a tiempo, puesto que es la primera obra que publica; que no le engañe el mal ejemplo de los que deliran a destajo; que siga otra carrera, en que por medio de un trabajo honesto podrá socorrer sus necesidades y asistir a su familia, si la tiene. Díganle ustedes que el teatro español tiene de sobra autorcillos chanflones que le abastezcan de mamarrachos; que lo que necesita es una reforma fundamental en todas sus partes, y que mientras ésta no se verifique, los buenos ingenios que tiene la nación, o no harán nada, o harán lo que únicamente baste para manifestar que saben escribir con acierto y que no quieren escribir.

DON HERMÓGENES.- Bien dice Séneca en su epístola dieciocho que...

DON PEDRO.- Séneca dice en todas sus epístolas que usted es un pedantón ridículo a quien yo no puedo aguantar. Adiós, señores.

## ACTO II

### *Escena VI*

DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ.

DON ANTONIO.- ¡Calle! ¿Ya está usted por acá? Pues y la comedia, ¿en qué estado queda?

DON PEDRO.- Hombre, no me hable usted de comedia (**Siéntase.**), que no he tenido rato peor muchos meses ha.

DON ANTONIO.- Pues ¿qué ha sido ello? (**Sentándose junto a DON PEDRO.**)

DON PEDRO.- ¿Qué ha de ser? Que he tenido que sufrir (gracias a la recomendación de usted) casi todo el primer acto, y por añadidura una tonadilla insípida y desvergonzada, como es costumbre. Hallé la ocasión de escapar y aproveché.

DON ANTONIO.- ¿Y qué tenemos en cuanto al mérito de la pieza?

DON PEDRO.- Que cosa peor no se ha visto en el teatro desde que las musas de guardilla le abastecen... Si tengo hecho propósito firme de no ir jamás a ver esas tonterías. A mí no me divierten; al contrario, me llenan de, de... No, señor, menos me enfada cualquiera de nuestras comedias antiguas, por malas que sean. Están desarregladas, tienen disparates; pero aquellos disparates y aquel desarreglo son hijos del ingenio y no de la estupidez. Tienen defectos enormes, es verdad; pero entre estos defectos se hallan cosas que, por vida mía, tal vez suspenden y conmueven al espectador en términos de hacerle olvidar o disculpar cuantos desaciertos han precedido. Ahora, compare usted nuestros autores adocenados del día con los antiguos, y dígame si no valen más Calderón, Solís, Rojas, Moreto, cuando deliran, que estotros cuando quieren hablar en razón.

DON ANTONIO.- La cosa es tan clara, señor don Pedro, que no hay nada que oponer a ella; pero, dígame usted, el pueblo, el pobre pueblo, ¿sufre con paciencia ese espantable comedión?

DON PEDRO.- No tanto como el autor quisiera porque algunas veces se ha levantado en el patio una maretta sorda que traía visos de tempestad. En fin, se acabó el acto muy oportunamente; pero no me atreveré a pronosticar el éxito de la tal pieza, porque aunque el público está ya muy acostumbrado a oír desatinos, tan garrafales como los de hoy jamás se oyeron.

DON ANTONIO.- ¿Qué dice usted?

DON PEDRO.- Es increíble. Allí no hay más que un hacinamiento confuso de especies, una acción informe, lances inverosímiles, episodios inconexos, caracteres mal expresados o mal escogidos; en vez de artificio, embrollo; en vez de situaciones cómicas, mamarrachadas de linterna mágica. No hay conocimiento de historia ni de costumbres; no hay objeto moral; no hay lenguaje, ni estilo, ni versificación, ni gusto, ni sentido común. En suma, es tan mala y peor que las otras con que nos regalan todos los días.

DON ANTONIO.- Y no hay que esperar nada mejor. Mientras el teatro siga en el abandono en que hoy está, en vez de ser el espejo de la virtud y el templo del buen gusto, será la escuela del error y el almacén de las extravagancias.

DON PEDRO.- Pero ¿no es fatalidad que después de tanto como se ha escrito por los hombres más doctos de la nación sobre la necesidad de su reforma, se han de ver todavía en nuestra escena espectáculos tan infelices? ¿Qué pensarán de nuestra cultura los extranjeros que vean la comedia de esta tarde? ¿Qué dirán cuando lean las que se imprimen continuamente?

DON ANTONIO.- Digan lo que quieran, amigo don Pedro, ni usted ni yo podemos remediarlo. ¿Y qué haremos? Reír o rabiarse; no hay otra alternativa... Pues yo más quiero reír que impacientarme.

DON PEDRO.- Yo no, porque no tengo serenidad para eso. Los progresos de la literatura, señor don Antonio, interesan mucho al poder, a la gloria y a la conservación de los imperios; el teatro influye inmediatamente en la cultura nacional; el nuestro está perdido, y yo soy muy español.

## ESCENA IX

DON ELEUTERIO.- Yo ya estoy en que la comedia no es tan mala y que hay muchos partidos, pero lo que a mí me...

DON PEDRO.- ¿Todavía está usted en esa equivocación?

DON ANTONIO.- (**Aparte a DON PEDRO.**) Déjele usted.

DON PEDRO.- No quiero dejarle, me da compasión... Y, sobre todo, es demasiada necedad, después de lo que ha sucedido, que todavía esté creyendo el señor que su obra es buena. ¿Por qué ha de serlo? ¿Qué motivos tiene usted para acertar? ¿Qué ha estudiado usted? ¿Quién le ha enseñado el arte? ¿Qué modelos se ha propuesto usted para la imitación? ¿No ve usted que en todas las facultades hay un método de

enseñanza y unas reglas que seguir y observar; que a ellas debe acompañar una aplicación constante y laboriosa, y que sin estas circunstancias, unidas al talento, nunca se formarán grandes profesores, porque nadie sabe sin aprender? Pues ¿por dónde usted, que carece de tales requisitos, presume que habrá podido hacer algo bueno? ¿Qué, no hay más sino meterse a escribir, a salga lo que salga, y en ocho días zurcir un embrollo, ponerlo en malos versos, darle al teatro y ya soy autor? ¿Qué, no hay más que escribir comedias? Si han de ser como la de usted o como las demás que se le parecen, poco talento, poco estudio y poco tiempo son necesarios; pero si han de ser buenas (créame usted) se necesita toda la vida de un hombre, un ingenio muy sobresaliente, un estudio infatigable, observación continua, sensibilidad, juicio exquisito, y todavía no hay seguridad de llegar a la perfección.

DON ELEUTERIO.- Bien está, señor; será todo lo que usted dice, pero ahora no se trata de eso. Si me desespero y me confundo, es por ver que todo se me descompone, que he perdido mi tiempo, que la comedia no me vale un cuarto, que he gastado en la impresión lo que no tenía...

DON ANTONIO.- No, la impresión con el tiempo se venderá.

DON PEDRO.- No se venderá, no, señor. El público no compra en la librería las piezas que silba en el teatro. No se venderá.

DON ELEUTERIO.- Pues vea usted, no se venderá, y pierdo ese dinero, y por otra parte... ¡Válgame Dios! Yo, señor, seré lo que ustedes quieran; seré mal poeta, seré un zopenco; pero soy un hombre de bien. Este picarón de don Hermógenes me ha estafado cuanto tenía para pagar sus trampas y sus embrollos; me ha metido en nuevos pagos, y me deja imposibilitado de cumplir como es regular con los muchos acreedores que tengo.

[...]

DON ELEUTERIO.- Yo no sé cómo he de pagar a usted tantos beneficios.

DON PEDRO.- Si usted me los agradece, ya me los paga.

DON ELEUTERIO.- Perdone usted, señor, las locuras que he dicho y el mal modo...

DOÑA AGUSTINA.- Hemos sido muy imprudentes.

DON PEDRO.- No hablemos de eso.

DON ANTONIO.- ¡Ah, don Pedro! ¡Qué lección me ha dado usted esta tarde!

DON PEDRO.- Usted se burla. Cualquiera hubiera hecho lo mismo en iguales circunstancias.

DON ANTONIO.- Su carácter de usted me confunde.

DON PEDRO.- ¡Eh! Los genios serán diferentes, pero somos muy amigos. ¿No es verdad?

DON ANTONIO.- ¿Quién no querrá ser amigo de usted?

DON SERAPIO.- Vaya, vaya; yo estoy loco de contento.

DON PEDRO.- Más lo estoy yo, porque no hay placer comparable al que resulta de una acción virtuosa. Recoja usted esa comedia (**Al ver la comedia que está leyendo PIPÍ.**) no se quede por ahí perdida y sirva de pasatiempo a la gente burlona que llegue a verla.

DON ELEUTERIO.- ¡Mal haya la comedia (**Arrebata la comedia de manos de PIPÍ y la hace pedazos.**) , amén, y mi docilidad y mi tontería! Mañana, así que amanezca, hago una hoguera con todo cuanto tengo impreso y manuscrito y no ha de quedar en mi casa un verso.

DOÑA MARIQUITA.- Yo encenderé la pajuela.

DOÑA AGUSTINA.- Y yo aventaré las cenizas.

DON PEDRO.- Así deber ser. Usted, amigo, ha vivido engañado; su amor propio, la necesidad, el ejemplo y la falta de instrucción le han hecho escribir disparates. El público le ha dado a usted una lección muy dura, pero muy útil, puesto que por ella se reconoce y se enmienda. Ojalá los que hoy tiranizan y corrompen el teatro por el maldito furor de ser autores, ya que desatinan como usted, le imitaran en desengañarse.